A

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LIRICO-DRAMÁTICA.

Á PARTIR CON EL DIABLO.

Carlos Mirez

PRECIO: 8 RS.

F. H. G.

MADRID.—1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia
1112

Á PARTIR CON EL DIABLO.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

Á PARTIR
CON EL DIABLO.

ÓPERA CÓMICA EN TRES ACTOS

DE MR. EUGENIO SCRIBE.

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR DON EMILIO ALVAREZ.

MUSICA DEL MAESTRO AUBERT.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.º

1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA REINA.	Sra. Soriano.
EL REY D. CARLOS II. . .	Sr. Cubero.
GONZALO.	Srita. Castro.
ANA.	Srita. Montañés.
D. JUAN ALVARADO. . .	Sr. Dalmau.
D. DIEGO DE GUEVARA.	Sr. Gimeno.
FABIO.	Sr. Caltañazor.
UN MAYORDOMO DE PALACIO.	Sr. Lopez.
UN UGIER.	Sr. N. N.
UN FAMILIAR DE LA INQUISICION.	Sr. Garcia.

CABALLEROS, SOLDADOS, PRELADOS, FAMILIARES, UGIERES, DAMAS.

La propiedad de este libreto pertenece á D. Antonio Lamadrid y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Sitio pintoresco cerca del Pardo.—A la derecha gran fachada de un antiguo convento.—A la izquierda un árbol á cuyo pié hay un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON DIEGO, FABIO. Apareciendo por la derecha.

DIEGO. Pues que á entrambos interesa,
esto queda así tratado:
no loco y desatinado
acometais tal empresa.
Vos plaza de alférez? Vos
aspirar á tal empleo?
Mozo sois por lo que veo,
arrestado, ¡vive Dios!
De este empeño desistid;
vuestra ambicion moderad;
y á Salamanca tornad,

721466

y los estudios seguid.
Vuestra humilde condicion
os impone este deber:
cuanto á mí, no puedo hacer
nada en vuestra pretension.
Con el rey cazo en el Pardo...
no llegueis al Pardo vos.

FABIO. Buena caza te dé Dios.

DIEGO. Hágase atrás el bigardo.

ESCENA II.

DON JUAN, FABIO.

FABIO. Atrás me haré yo, y aún más
atrás, que atrás poco es:
y aún por no verte, despues
he de hacerme más atrás.

JUAN. Qué es esto?

FABIO. Que envidó el resto
tu tio: qué tio el tuyo!
Ante un amor como el suyo,
pregunto á mi vez, qué es esto?
Quién este tio nos dió?.
Qué tio es este, Dios mio...
que no es tio, y es un tio
como no le he visto yo?
Nada en tu favor hará
este tio, pues colijo
que por tu tio se dijo
lo de un tio en Alcalá.

JUAN. Empeño fué de mi padre
que yo en la córte buscára
á un Don Diego de Guevara

hermanastro de mi madre.

FABIO. Que es este?

JUAN. Sí.

FABIO. Pues apela
á otro medio, y no te enoje;
que por las trazas, no coje
un galgo la parentela.
Y me alegro. Aquella cara...
y aquel ademán...y aquel...
Y ahora doy en ello; es él!
Este es Don Diego de Guevara.
El que al rey tiene en profundo
recogimiento...maldito!
Es el sagaz favorito
del rey don Cárlos segundo.
El que para conseguir
sus criminales deseos,
en pérfidos galanteos
pretende al rey sumergir.
Por tenerle más sujeto,
de infando amor le rodea,
y horribles medios emplea
para conseguir su objeto.

JUAN. Este es: en palacio mora,
y allí es su capricho ley,
que respeta el mismo rey.

FABIO. Así reina él en mal hora.

JUAN. Respeta al rey.

FABIO. Á fé mia
que mejor pudiera estar
si él se hiciera respetar
la española monarquía.

JUAN. Él gobierna...

FABIO. No señor.
Esclava la voluntad,

llora su debilidad
y su desdichado amor.

JUAN. Amor?

FABIO. Secreto.

JUAN. Mas quién
tal secreto te fió?

FABIO. Que eso preguntes? Si yo
viví en palacio tambien!
Si yo en su anchuroso espacio
al confesor he servido
del rey... Vaya! Pues si he sido
duendecillo de palacio!
Y allí he visto al rey gemir,
y á la reina ví llorar,
y á un favorito mandar,
y á cien magnates reir.
Todos cercan con afan
al rey, y su mente ocupan,
y se apiñan, y se agrupan,
y en torno vienen y van:
dicen que tiene los malos,
pero los malos son ellos;
qué cortesanos aquellos
para embestirlos á palos!...

JUAN. Pláceme que hables así
del rey.

(Gonzalo aparece en este instante y se oculta en el árbol.)

FABIO. Él es un bendito.

JUAN. Tambien como él necesito
tu compasion para mí.

FABIO. Para tí?

JUAN. Sí; acaso ignoras
que forma todo mi sér
la imágen de la mujer
que me sigue á todas horas?

FABIO. Y es verdad. Por santa Eládia

que el rey y tú, ¡vive Dios!
me estais pareciendo dos
pastorcitos de la Arcádia.—
Buenos estamos, señor!
Tú, con porte tan sencillo,
tú, sin blanca en el bolsillo,
amor tienes?...

JUAN. Tengo amor!
Qué mujer, Fábio!

FABIO. Esto pasa?

JUAN. Tímida, honesta, sencilla!

FABIO. Esa es la costurerilla
que vivió frente de casa.

JUAN. La misma: verdad que es bella?

FABIO. Y ella te enamora?

JUAN. Ah! sí!

FABIO. Y ella es quien te rinde así?

JUAN. Ella, Fábio amigo, ella!

CANTO.

JUAN.

Ella es
la mujer
que en amante inquietud sin cesar soñé.
Todo fé,
todo amor,
tras ella doquier ciego voy.
Sí; ella es
mi solo amor, mi solo bien.
En secreto, amante fiel,
yo la llamo, yo la imploro:
ella es
mi tesoro,
mi solo amor,

mi solo bien.
Aquí fija está:
no hay sin ella ventura ni paz.
¡Ella es!
Dices bien.
De su faz el gentil candor
qué emocion causa en mí, no sé:
una extraña inquietud, un dolor,
más dulce aún que el placer.
Si alguna vez, que pocas son,
en mis libros voy á estudiar,
sin que lograr pueda un autor
darme útil leccion, ni solaz,
¿sabes tú qué sombra ante mí siento girar?
Ella es
la mujer, etc.

HABLADO.

FABIO. Con que era ella?
JUAN. Ella, Fábio!
Y mira si esto es cruel:
hace un mes que no la veo.
Pudo desaparecer
de su casa.
FABIO. Miren eso!
Con que pudo? Con que es
mujer que se va y se viene
y se está perdida un mes?
JUAN. Deja las burlas ahora.
FABIO. Advierte...
JUAN. La lengua ten.
FABIO. Tengo.—Mas sabes, señor,
en lo que medito?
JUAN. En qué?
FABIO. Es lance extraño! Que igual

aventura llora el rey.

JUAN. Qué me importa?

FABIO. El diablo á veces...

JUAN. Calla, nécio.

FABIO. Es que tal vez...

JUAN. No me canses con más cuentos.

FABIO. No son cuentos...

JUAN. Callaté.
Cuando estoy desesperado
me persigue tu sandez?
Pensemos en remediar
mi mal.

FABIO. No es fácil.

JUAN. Sí es.
Mucho que esperar me queda;
nada tengo que perder.
La vida sin esperanza
y sin ambicion, qué es?
Yo á medrar vine á la córte,
y he de medrar, voto á cien!
No más libros: se acabó
la teología esta vez.
Plaza quiero en el ejército
de alférez, y la tendré.
Yo no tengo protectores;
en todos hallo desden:
y pues nadie me apadrina,
tal estoy, voto á Luzbel,
que si me apadrina el diablo,
al diablo me entregaré!

FABIO. Jesús!

JUAN. Piensas que al acaso
vengo á este sitio esta vez?
Te engañas. Hé aquí la encina,
(Designando al árbol.)

FABIO. Qué encina?
JUAN. Esta debe ser.
Esta es noche de San Juan,
y segun voz pública, es
la sola noche del año
en que suele aparecer
el espíritu maligno
á todo el que acude á él.
Esto en mis libros leí
y hasta de tí lo escuché!
Por tanto, si aqui le llamo,
me aparecerá tambien.
FABIO. Á que no aparece?
JUAN. Impío!
Tú no crees que Luzbel
existe?
FABIO. Sí, en el infierno;
pero no debe querer
salir de su casa, para
hacerte alférez del rey.
JUAN. Te mofas de mí?
FABIO. Señor,
mira lo que vas á hacer!
Mira que estás en pecado:
que si esa tu insensatez
olfatea el Santo Oficio,
va á chamuscarte la piel.
JUAN. Esto resuelvo.
FABIO. Me obliga
la resolucion pardiez!
Tú eres por demás sencillo!
Bien en tu porte se vé;
pero no creí que á tanto
llegara tu sencillez.
Mas pues al diablo te entregas,

hágase tu gusto, amen.
Bien sé que estás sin recursos,
y es tu situacion cruel;
y eso que has leido á todos
los sábios que hay que leer.
Mas de qué sirve ser sábio
ni tener génio, de qué?
Ni aun el recurso te queda
de ser comediante; el rey
no gusta de las comedias.
De sermones sí; ahí tú ves.
Va al sermon por la mañana
y por la noche tambien;
ya no hay fiestas en palacio
de comedias... ni autos... Qué!
Oficina del demonio
llaman al teatro en él.

JUAN. Cesa en tu charla importuna
y vamos de aquí.

FABIO. Está bien.
Con que queda decidido...

JUAN. Que hoy por la última vez
llegue á mi tio.

FABIO. Lo apruebo.

JUAN. Y entre él y el diablo...

FABIO. Tambien.
Entre Luzbel y tu tio,
decídete por Luzbel.

JUAN. Ven.

FABIO. (Qué bien sabe mandar!...
Si así diera de comer.)

(Se van.)

ESCENA III.

GONZALO.

CANTO.

GONZALO.

La relacion que oí
por Dios que es singular.
Lance fué que me causó
profunda ansiedad.
Nunca mejor para mi bien
pude hasta aquí mi planta encaminar.
Comprendo bien su afan.
Presa ya de aquel sentimiento
sin esperar consuelo á su mal!
Yo comprendo en mí su tormento
que su pena á mi pena es igual!
Vamos, pues,
errante trovador,
á vencer de este mal el rigor
para encontrar al fin la dicha en el amor.
Pronto voy
esta triste oscuridad á dejar;
que ya amanece hoy
el anhelado sol de eterno bienestar.
Hermana de mi vida,
mi bien querido,
ven á mí, que mi amor
te espera aquí,
si tu amor acude á mi.

ESCENA IV.

GONZALO, ANA (Llegando por detras del convento.)

HABLADO.

GONZALO. Qué veo! Hermana querida!
Loado el cielo!
ANA. (En sus brazos.) Oh placer!
GONZALO. Qué es esto? Qué viene á ser
esta imprevista venida?
ANA. Ya te escribí un papel hoy.
GONZALO. Y ya he leido el papel.
ANA. Gracias!
GONZALO. Me dabas en él
una cita, y aquí estoy.
Estás satisfecha?
ANA. Ah! sí!
Indecible es mi alegría!
—Y tú?
GONZALO. Nunca, hermana mia,
tan bien hallado me ví!
ANA. Qué bueno!
GONZALO. Pero venir
tan sola y con tal misterio!...
Sabes, niña, que esto es sério?
ANA. Ahora me vas á reñir?
GONZALO. No; pero á un pobre organista
que errante la vida pasa,
sin recursos y sin casa,
has de seguir? Dios me asista!
La abadesa del convento

inmediato me ha ofrecido
proteccion, y ya he venido
á buscar su ofrecimiento.
Veremos... mas pesiamí!
—Y la mujer á quien yo
te fié, te abandonó?
Cómo es que vienes así?

ANA. Yo en casa de mi maestra
me estaba... mas de repente...

GONZALO. Ah! Qué hombre vivia frente
por frente á la casa vuestra?

ANA. Frente de casa? Oh, Dios mio!
Allí vivia don Juan.
Quién te lo ha dicho?

GONZALO. Un... galan.
Un... sobrino de su tio.
Te turbas?

ANA. (Con timidez.) Es que no sé...
Don Juan me ama.

GONZALO. Bien por Dios!
Tú...

ANA. Nos amamos los dos.
Es tan bueno!...

GONZALO. Sí?

ANA. Sí á fé!

CANTO.

ANA.

Hoy como ayer le ví fiel y constante
guardar en él la fé que vive en mí!...
Cual sombra dulcísima
tras mí va solícito,
amante.

Tenaz mi desden vencer le ví.
Con qué rigor
podré evitar
el fuego de su amor?
Mi hermano eres tú.
Si hago mal,
perdóname.
Su amor, ¡ay de mí! me da pesar.

Honda pasion su mirada respira,
rendido amor opone á mi desden.
De mí en torno gira,
turbado me mira;
suspira!
Yo sé que me ama; ay! yo lo he visto bien.
Con qué rigor
podré evitar
el fuego de su amor?
Mi hermano eres tú.
Si hago mal,
perdóname.
Su amor, ay de mí! me da pesar.

HABLADO.

GONZALO. Con que siempre halló desvío
su amor?
ANA. Esquiva le oí.
GONZALO. Así lo afirmas?
ANA. Así!
GONZALO. La verdad?
ANA. Hermano mio,
recelando de mí estás?
GONZALO. No, Ana mia, no recelo;
que esa tu boca de cielo
no puede mentir jamás.

ANA. Pues ahora vas á saber
la desdichada ocasion
que me trae aquí.

GONZALO. Razon
muy poderosa ha de ser.

ANA. Bien sabes que la mujer
á quien tú me confiaste
tiene un lujoso obrador
de costura, tan notable
y de tal fama en Madrid,
que las damas principales
de la nobleza, á él acuden
á confiarla sus trages.
La pieza de la labor
tiene una reja á la calle;
y tras ella estaba yo
en dulce paz una tarde,
repitiendo la cancion
de nuestra bendita madre,
y hé aquí que dos caballeros
que pasaban por delante
de la reja, me miraron
con insistencia notable.

GONZALO. Don Juan?

ANA. Oh, no! Yo á don Juan
no le equivoco con nadie.
A la mañana siguiente
un hombre de aspecto grave
vino á decir que una dama
deseaba hacerse un trage,
y que en su nombre venía...

GONZALO. No habia mal en ello.

ANA. Cállate.—
Como la dama se hallaba
indispuesta, era antes

pasar á verla, y fuí yo
la elegida: en el instante
seguí al hombre; ya en la puerta
nos aguardaba un carruage.
Él nos llevó á las afueras
de Madrid; llegó á inquietarme
la distancia, y tornar quise;
mas con acento suave
replicó el hombre: « la dama
que os espera en este instante,
habita en el campo; id
sin temor, no hay qué os alarme. »
Qué hacer?

GONZALO. Pobre hermana mia!—
Sigue.

ANA. A poco tiempo hallábame
en una lujosa estancia,
donde un jóven de buen talle,
de melancólico acento
y de apacible semblante,
me dijo: «tranquilizáos,
que no ha de ofenderos nadie:
han interpretado mal
mis deseos, perdonadme...
sois un ángel.... bien lo sé.
De aquí salid, si ello os place...
Sois un ángel....»—y se fué
repitiendo...— « sois un ángel!»

GONZALO. Bien!

ANA. Quise huir... pensé en tí!
Imploré á mi santa madre!

GONZALO. Y huiste?

ANA. Pasé encerrada
quince dias...

GONZALO. Miserables!—

Y el jóven que hallaste allí?

ANA. No le ví más. Vino á darme
libertad, el hombre mismo
que allí me llevó.

GONZALO. Infames!

ANA. Triste y muerta de fatiga
fuí en tu busca... pero en valde.

GONZALO. Mi intranquila profesion
me tuvo de tí distante.
Á Segovia me partí:
mas fuí á despedirme antes
de tí, y aquella mujer
me dijo en sentidas frases,
que tranquilo me partiera,
ya que tú en aquella tarde
asistias al tocado
de una gran señora... Infames!

ANA. Esperando en tu cariño,
al cabo logré hospedarme
en la hostería inmediata.
Dijéronme allí, que hoy hace
gran funcion este convento:
nombráronte, y no en valde
aquel papel te escribí.

GONZALO. Héle aquí. (Mostrandole.)

ANA. Feliz instante!

GONZALO. Espérame en el convento.
Cuando la funcion acabe,
yo á la abadesa hablaré....

ANA. De mí?

GONZALO. De tí. Es muy probable
que en él quedes pensionada.

ANA. Tienes medio?

GONZALO. Uno muy fácil.
Todo estriba en que yo acuda

al coro un año de valde.

ANA. Cuánta bondad! Cuánto amor!

GONZALO. Otra vez los brazos dáme.

CANTO.

GONZALO Y ANA.

Para tí será mi desvelo;
para tu bien vivir anhelo.
Ven á mí, que tengo yo
para tí un eden de amor.

GONZALO.

Por tu bien desde aquí nada temo ahora.

ANA.

Mas á él, hermano, dí: ya no he de verle más?

GONZALO.

Vuelva á tí por favor la calma bienhechora.

ANA.

No, jamás!

GONZALO.

Sí, por Dios! Inútil es tu afan!
Es la fé de ese amor de tu mal precursora.

ANA.

No sé olvidar!

GONZALO.

A tu humilde horfandad
no cuadra amante tan altivo.

ANA.

No sé olvidar! ¡Oh! cruel dolor!

GONZALO.

Adios! adios! No llores más.

LOS DOS.

Para tí será mi desvelo;
para tu bien vivir anhelo.
Ven á mí, que tengo yo
para tí un eden de amor.

GONZALO.

Ven; partamos sin demora.
La abadesa espera ya.
Adios! llegó el instante
y el convento á cerrar se vá.

ANA.

Ya te vas?

GONZALO.

Bien lo ves.

ANA.

Y volverás?

GONZALO.

Despues.

LOS DOS.

Para tí será mi desvelo
para tu bien vivir anhelo.
Ven á mí, que tengo yo
para tí un eden de amor.
No hay placer mayor.

(Ana entra en el convento.)

ESCENA V.

GONZALO.

HABLADO.

Véte en paz, hermana mia.
Yo pondré alivio á tus males.—
Mas pensémoslo despacio,
que son circunstancias graves
las que me rodean. Y ello
es que don Juan busca amante
á mi hermana... y ella... ella
está enamorada... es grave.
Y este don Juan por lo visto
está loco de remate.
Por mi hermana es necesario
darle juicio á todo trance.—
Pobre de mí... Estoy rendido!
Tengo sueño... y tengo hambre.
Y el caso es que en la hosteria...
Tengo aquí unos cuantos reales...
(Contando algunas monedas.)
Pero allí... no es para mí
hoy merienda semejante.
Aún tengo aquí unas manzanas...
Verdes están... pero pasen.
(Sentándose en el banco.)
Mala vida llevo desde
que murió mi pobre madre!
(Empieza en la orquesta la pieza musical.)
Qué es esto?... Los de la caza!
Como anda el rey esta tarde
por aquí... Quién fuera rey
por comer buenos manjares!

ESCENA VI.

EL REY, LA REINA, GONZALO, ACOMPAÑAMIENTO.

CANTO.

REINA.

Descanso aquí procurad:
en este sitio ameno busquemos grata sombra:
la caza de hoy quizá penosa os fué.

REY.

Quizá!

REINA.

Acaso cerca está la comitiva real.

REY.

(Poco há ver creí cruzar su sombra,
de mí la altiva faz recatando.)

REINA.

Oh! Dios!
Qué delirio tenaz turbó vuestra razon?

REY.

Una sombra!... Oh! No! Yo no sé!
(Gonzalo que sigue sentado al pié del árbol, empieza á cantar sin palabra.)
Escuchad...
Oh! Dios! Es su dulce acento?
Su cancion celestial! De quién es esa voz?

REINA.

De un jóven de ademan encantador.

REY.

Quiero hablarle.

GONZALO.

Quién es aquel noble señor

de apostura gentil, de cortés ademan,
de tan altiva dama venturoso galan?

(La reina hace seña á Gonzalo para que se acerque.)

REY.

Quién te ha enseñado á tí esa cancion?

GONZALO.

Mi madre.
La madre de mi amor inspira mi cantar,
mi cancion suya es.

REY.

Quiero ver á tu madre.

GONZALO.

Ay Dios! no puede ser! Soy huérfano, señor.

REY.

Ah! perdon!
Ven aquí.
Hazme oir tu cancion...
por favor!

GONZALO.

Niña abandonada,
huye del amor:
de tu madre amada
oye, niña, la voz.
Lazo puro y tierno
de amor fraterno,
tu dicha asegura
y calma encontrarás.
Si á mí tu voz acude amante,
Dios por mi amor te amparará.

REY.

Su voz sentida y pura
la calma me volvió.
Es de ella! Oh! ventura!
Mi afan la encontró.

REINA.

Su voz sentida y pura
su plácida cancion,
es eco de ventura,
de eterna bendicion.

REY.

A su voz recobro la paz.

REINA.

Su voz encantadora
ganó mi voluntad.

GONZALO.

Oh! rey poderoso!
imágen de Dios,
mi ruego amoroso
se eleve hasta vos.
Si mi triste acento
os cansa quizá,
en vos mi lamento
perdon encontrará.
Al que á la voz de amor perdona,
Dios, todo amor, perdonará.

REY.

Su voz sentida y pura, etc.

REINA.

Su voz sentida y pura, etc.

HABLADO.

REY. Tan expresiva cancion,
tan celestiales sonidos,
adormecen mis sentidos
y exaltan mi corazon.
Madre, tanto sentimiento

me ha arrebatado la calma.

REINA. (Silencio.)

REY. Si toda el alma
se me fué trás de su acento!

REINA. Volved en vos; reparad
que sois Rey.

REY. Rey... pesiamí!
Y he de ahogar mi llanto?

REINA. Sí.

REY. Oh! Madre mia, callad!

REINA. No es de estirpe soberana
esa vulgar espansion.

REY. Quién impone al corazon
una investidura vana?
He de vivir noche y dia
presa de tirana ley?
Qué nombre es este de Rey
que detesta el alma mia?
Qué vale mi magestad?
Qué logra el anhelo mio?
Dónde está mi poderío,
y dónde mi voluntad?
Rey soy, que en mortal quebranto
en vez de mandar, implora:
y hombre soy que sufre y llora,
y nadie enjuga su llanto.
Qué es un Rey, en la total
decadencia de este estado,
y qué un hombre, condenado
á no declarar su mal?
Dáme, madre, que en tí crea
y á tu amor acuda; dáme
que piense y apetezca y ame
como mi alma desea.
Dáme el natural derecho

de sentir esta espansion:
dáme, en fin, que el corazon
se me dilate en el pecho!

REINA. Libre sois. (Con efusion.)

REY. Á la fé mia
que es lindo el doncel. Verdad?

REINA. Mucho.

GONZALO. (Me observan...)

REY. Llegad.

GONZALO. Mandadme.

REY. Y qué gallardía!—
Tu cancion me ha dado pena.

GONZALO. Mi madre me la inspiró.

REY. La querias mucho?

GONZALO. Oh!
Era mi madre tan buena!

REY. Yo soy más afortunado
que tú.

GONZALO. Conforme y segun.

REY. Sí; que tengo madre aún.

GONZALO. Pues bien lo habeis afirmado.

REY. Cuanto amor su pecho encierra
es para mí.

GONZALO. Ah señor!
Pues no troqueis ese amor
por ninguno de la tierra.

REY. No hay quien á su voz resista.
Oh! placer!

GONZALO. Os reís?... Oh!
Vos teneis madre... y yo no.
Andad! Que sois egoista.

REY. No; que anhelo compartir
mi mal y mi bien contigo.
Quiero ser tu amigo.

GONZALO. Amigo?

REY. Resistes?
GONZALO. Yo resistir?
REINA. Tambien quiero yo tener
mi parte en esa amistad.
GONZALO. Señora... cuánta bondad!
Venturoso vengo á ser.
REY. Quién llega?
DIEGO. (Apareciendo por la derecha con parte de la comitiva del rey.)
Yo, señor.
REY. Vamos.
(A Gonzalo.) Nos veremos... adios, pues.
Me inspira el mozo interés.
Venís?
REINA. Al punto.
REY. Partamos.
(Desaparecen.)

ESCENA VII.

REINA, GONZALO.

REINA. (A Gonzalo qne se dispone á entrar en el convento.)
Un instante.
GONZALO. Perdonad.
Mas ya la noche está á punto,
y me reclama un asunto
indispensable en verdad.
REINA. Tu nombre?...
GONZALO. Gonzalo Herrera.
REINA. Tu profesion?
GONZALO. Organista.
REINA. Eres pobre?
GONZALO. Soy artista.
REINA. Español?
GONZALO. Nací en Utrera.

REINA. Eres franco?
GONZALO. Cosa es llana.
REINA. Discreto?
GONZALO. Pruebas os doy.
REINA. Tienes fé?
GONZALO. Cristiano soy.
REINA. Tienes familia?
GONZALO. Una hermana.
Con afanosa atencion
velé por ella hasta ahora.
REINA. Bien has hecho.
GONZALO. Sí, señora:
cumplí con mi obligacion.
REINA. Tú mereces prosperar;
prosperarás.
GONZALO. Sí, á fé mia.
Tal mi madre me decia,
y en ella debo esperar.
REINA. Tú has fijado la atencion
de un sér, que es sér de mi vida.
En él, tu cancion sentida
produjo grata emocion.
A tí unida desde hoy,
conmigo á Madrid vendrás
desde ahora.
GONZALO. Ah! no : jamás.
REINA. Por qué?
GONZALO. A este convento voy.
Llorando una accion villana
hoy me obligo á trabajar
todo un año, hasta pagar
la pension para mi hermana,
á quien un hombre ultrajó
ageno de honor y fé.
Mas justicia pediré.

REINA. Al rey?
GONZALO. Al rey? Al rey no.
Enfermo de cuerpo y alma,
no hay en el rey voluntad.
Hablaré á la reina.
REINA. Hablad,
que ella os volverá la calma.
GONZALO. Si ella me escuchára...
REINA. Bien.
Pues ya escuchándoos estoy.
GONZALO. Qué decis?
REINA. La reina soy.
GONZALO. Ah! Perdon, señora! (Cayendo á sus pies.)
REINA. (Levantándole.) Ten.
Te ofrecí mi proteccion.
Vé al convento; habla tambien
á tu hermana, y díla quién
se encarga de su pension.
Mañana á palacio irás
y en palacio búscame.
GONZALO. Madre mia! Bien se vé
que no me olvidas jamás!
Nada temo siendo vos
mi protectora... voy...—pero...
besar vuestra mano quiero.
REINA. Adios, hijo mio, adios.

(Gonzalo besa la mano de la reina y entra apresuradamente en el convento. Don Juan y Fabio llegan por la derecha.)

ESCENA VIII.

REINA, DON JUAN, FABIO.

FABIO. Llegas á tiempo oportuno:
la reina es; anda, señor.

JUAN. Séame el cielo propicio.
Véte.
FABIO. No te espero?
JUAN. No.
(Fabio desaparece por la izquierda.)
REINA. Quién vá?
JUAN. Gran señora... dadme
un momento de atencion.
REINA. Quién eres? Qué anhelas?
JUAN. Vengo
á impetrar gracia de vos.—
Yo soy Don Juan de Alvarado:
de ilustre linage soy,
y ansio plaza en el ejército
conforme á mi condicion.
Vuestra Magestad verá
que no soy indigno yo
de tal honra.
REINA. Y en la córte
no hallais en nadie favor?
JUAN. Relaciones tengo en ella,
y acaso cerca de vos.
(Con empacho.)
Y Don Diego de Guevara....
REINA. (Qué escucho?)
JUAN. En esta ocasion...
REINA. Es vuestro amigo?...
JUAN. Señora...
REINA. (Siempre el mismo hombre!)
JUAN. Yo...
REINA. Advertid que el de Guevara
tiene á su disposicion
tantos empleos, que nada
para los demás dejó.
Á él debeis acudir,

que él os prestará favor;
la reina no puede hacer
nada en vuestra pretension.
Señor don Juan de Alvarado,
nada puedo hacer por vos.
(Desaparece por el fondo con las damas.)

ESCENA IX.

DON JUAN.—Coro dentro.

CANTO.

CORO.

Cercada la caza dejad:
en pos del rey seguid.—
Tranquilo reposo buscad,
que ya cesó la lid
y rápido el sol
desciende ya.
Venid, llegad;
que el rey lejos está.
Venid, venid,
la caza dejad.

JUAN.

Nueva desdicha aún! Esperarla debí.
Do quier tenaz el mal sigue en pos de mi huella:
no puedo yo cambiar con tal rigor mi estrella.
Cielo y tierra son hoy para mí sin piedad. —
Y bien; ya es necesario llegar al mismo infierno;
buscar hé menester el poder del averno
y en él mi ventura encontrar.
Esta es la encina! no hay que temblar.
Asmodeo! Asmodeo! Asmodeo!
Venga, Satán,

tu furia á mí!
Mi insano afan
te llama aquí!
Yo anhelo un bien
de tí capaz!
A darme ven
ventura y paz.
Yo quiero hallar
con tu favor,
poder sin par,
régio explendor.
Si amante y fiel
me amparas hoy,
de tí, Luzbel,
esclavo soy.
Asmodeo!
Ven á mi voz. Yo tu faz ver deseo.
Asmodeo! Asmodeo! Asmodeo!
Y bien! Nadie llegó hasta aquí.
Ya, en fin, mi voz al viento dí.
Llegue á mí, pues, si aquí se esconde!
Dó está Satán? Luzbel en dónde?
Ven á mi voz! Tu amistad busco hoy.—
Oh, qué injusto soy!
El llegará si en dulce voz cortés le llamo.
Con él logra más la humildad,
la pulcritud, la urbanidad.
Venga, Satán,
tu furia á mí!
Mi insano afan
te llama aquí!
Yo anhelo un bien
de tí capaz!
A darme ven
ventura y paz.
Yo quiero hallar
con tu favor,
poder sin par,
régio explendor.

Si amante y fiel
me amparas hoy,
de tí, Luzbel,
esclavo soy.
Asmodeo!
Ah! Mi voz se lleva el viento.
Ya me irritó tanto desden!
Ver tu faz airada al fin no lograré?

ESCENA X.

DON JUAN.—GONZALO.

GONZALO.

Oh! Dios! El es!

JUAN.

Asmodeo! Asmodeo!
realiza mi deseo; tu faz quiero ver.

JUAN.

(Este es don Juan. Este es el galan que logró
de mi hermana la fé.)

GONZALO.

Tambien burló mi anhelo!

GONZALO.

(Gentil presencia!)

JUAN.

Ya en fin mi hora sonó.
Yo juro aquí al nombre que más amo,
que si amparo no me das, yo me mato.

GONZALO.

(Ah! Infeliz!)
Héme aquí! Mírame!

JUAN.

Él es! Oh placer!

GONZALO.

(Dios que me vé, mi accion perdona,
y aquí mi intento bendecirá:
la santa fé que esta vez le abandona,
que vuelve á él con más ardor por mi favor verá.
Sabré por él velar!)

JUAN.

(Yo tiemblo en su presencia;
mas no vacilo ya.
Declara su apariencia
que fiel me amparará,
y dichas me dará.)
Hénos ya aquí! Querrás servirme ahora?

GONZALO.

De vos soy ya, decid! No más demora!
Qué pretendeis?

JUAN.

Que me hagais feliz es mi anhelar.

GONZALO.

Y al disfrutar de tan gran privilegio,
qué me prometeis?

JUAN.

Yo? Qué te ofrezco yo?
Nada soy; bien lo ves.

GONZALO.

Tu alma.

JUAN.

Jamás!
Yo guardo amor en mí. Fiel amor.

GONZALO.

(Muy bien!) Mas...
yo no puedo alcanzar tu bien sin interés...

JUAN.

Es justo. El servidor ha de obtener su paga.

Pues bien! Cuanto por tí llegue á ganar,
contigo partiré.

GONZALO.

Idea singular!
Muy bueno el trato es. Y pardiez que me halaga.

JUAN.

Leal particion! Sí! Para tí la mitad.

GONZALO.

La mitad! Es pacto inmejorable.

JUAN.

Oh, qué bondad! Grato momento;
eterna sea nuestra amistad.
La hechicería
mi planta guia:
en ella fia
mi loco afan.
Los dones ciento
que hallar presiento,
dichas sin cuento
á darme van.

GONZALO.

La audacia mia
su planta guia,
y en ella fia
con ciego afan.
La fé maligna
que en mí resigna,
en fé benigna
se trocará.—
Habla pues.

JUAN.

Hasta aquí hidalgo fuí no más;
y alférez ser deseo.

GONZALO.

Ah! muy bien:

mas yo no gano en eso nada.
No importa, la tendrás.
Mas piensa en tí tambien;
júrame desde aquí no atentar á tu vida.

JUAN.

Ya lo juré.

GONZALO.

La parte convenida
cállala! Por tu bien, sé prudente y sé fiel.
Lo fio á tí.

JUAN.

(Sorpresa sin igual!
El diablo en tono grave predicando moral!)
No hay ya más que tratar.
Salud, cortés Luzbel.
(Óyense trompas de caza.)

GONZALO.

Mas el rey viene aquí, y la reina tambien.

LOS DOS.

La mitad! la mitad! Bien está, bien, muy bien.

JUAN.

La hechicería
mi planta guia, etc.

GONZALO.

La audacia mia
su planta guia, etc.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio de Madrid. Gran puerta en el fondo y cuatro laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, LA REINA, GONZALO, DON DIEGO y CORO.

CORO. (Contemplando la actitud del rey, que se halla sentado en un sillon.)
Duerme! duerme! En lánguida inquietud
consume el jóven rey su enferma juventud.

REINA. (A Gonzalo confidencialmente.)
Qué cambio en él en solo un mes.

GONZALO.
Hoy tiene buen semblante.

REINA.
Su contínua tristeza
sabes tú disipar con laudable interés.

GONZALO.

Ya comprendo su afan.

REINA.

Dí más bien su flaqueza.

CORO.

Duerme! duerme! En lánguida inquietud
consume el jóven rey su enferma juventud.

REINA.

Él medita evitar la sagrada funcion
prevenida.

GONZALO.

Y por quién?

REINA.

Por nuestra santa fé.
El gran inquisidor, del Rey busca la gracia
por tal medio.

GONZALO.

El sermon?

REINA.

El solemne sermon
que hoy pronuncia ante el Rey, cuya fé religiosa
es proverbial.

DIEGO. (Adelantándose hasta el rey.)

Señor, al sermon vamos.

REINA.

Oh, Dios!

GONZALO.

Nada temais.

REY.

Venid! Guiad!

GONZALO.

Prueba es de grandeza
combatir voraz pasion.

Llore su flaqueza
quien se rinda en la ocasion.
Llora por vuestra vida
madre de mi amor querida.
Seguir es menester
su parecer
de eficaz poder.

DIEGO.

Espera ya el sermon.

REY.

Escuchad.

GONZALO.

Mancebo
enamorado,
mírame.
Será mi fé,
será mi amor
el fiel doctor,
el curador
de tu honda pena.
Al que así
veló por tí,
no ya con gesto
descompuesto
le contemples;
vuelve presto
al cariño que te dá.
Sumiendo van tu corazon
en pertinaz contemplacion;
y tú para sanar
has menester
por elixir
mi amor
de encanto celestial.

DIEGO.

Al templo, gran señor, venid;
la hora pasó.

REY.

Despues:
quiero escuchar el fin.
Esperad.

GONZALO.

Triste y acuitado
apuré mortal dolor.
Fugaz ha pasado
de mi vida el albor.
Madre infeliz me implora,
triste mi pena llora;
mas yo sabré alejar
de mí el dolor
que la dá pesar.

DIEGO.

Señor...

REY.

Un momento no más.

GONZALO.

Mancebo
enamorado,
yo te juro
afecto puro.
Es mi amor
el fiel doctor,
el curador
de tu honda pena.
Yo por tí
la paz perdí.
Dulce calma
dí á tu alma.
Por amor
y por deber
tu bien mayor
en mí has de ver.
Sumiendo van tu corazon
en pertinaz contemplacion.

Mas yo que doy tambien
mi amor á Dios,
por tí, mi bien,
iré del tuyo en pos.

DIEGO.

Ya basta, gran señor.

REY.

Y bien?

DIEGO.

Es tarde ya.

REY.

No puedo yo sin emocion su ruego oir.
Repite la cancion.

GONZALO.

Mancebo
enamorado, etc.

REY.

Por reparar desde aquí
un error que yo mismo cometí,
mi consejo mayor quiero hoy presidir.

REINA.

Me contenta el pensamiento.

DIEGO.

(Ah! fatal momento!)

REY.

Valor y fé
su voz me dá.

DIEGO.

Temor la voz
del rey me dá.

CORO.

Temor la voz
del rey me dá.

HABLADO.

REY. Ya se recobra mi pecho:
ya con libertad respiro.
Ya nada temas por mí,
madre; vencí el dolor mio.
Deseo ocupar el dia
en trabajos de mí dignos.
Quiero atender á mi pueblo:
quiero esparcir beneficios.
Mandad reunir mi consejo (A don Diego.)
que presidiré yo mismo.
Adios quedad, madre mia.—
Señores, vais prevenidos. (Se van.)

DIEGO. (Oh! cuál te engaña el deseo,
débil insensato niño!)

ESCENA II.

REINA, GONZALO.

REINA. Altamente satisfecha
estoy de tu afan solícito.
Tú en el ánimo del rey
ejerces tanto dominio,
que aparte un pesar secreto
que oculta, y que ya adivino,
has fortalecido su ánimo.

GONZALO. Pobre es el mérito mio.

REINA. Hay tan notable expresion
en los acordes sencillos
de tu voz; aquel romance
tan hondamente sentido
por tí, aquel dia en que

por primera vez te vimos,
se grabó en el corazon
del rey, al par que en el mio.
Tú eres nuestro salvador:
cómo pagar tal servicio?

GONZALO. Ah! No hableis así, señora:
vos, en quien hallé cariño;
vos, que al mísero organista,
al huérfano desvalido
buscásteis un dia, para
colmarle de beneficios.

REINA. Poco hice por tí, que aun
no eres dichoso concibo.
En medio á la régia pompa
que te rodea, es preciso
que recuerdes á tu hermana.

GONZALO. Oh! sí.

REINA. Lo habia previsto:
y ansiando yo que termine
tan penosa ausencia, hoy mismo
vendrá á habitar en palacio.

GONZALO. Es posible!

REINA. Mas... sigilo!
Ya murmuran de tu influjo,
de tu estancia en este sitio.
Qué dirian si tu hermana,
hija del pueblo, sin títulos
que ostentar, entre mis damas
habitara este recinto?—
Este es órden natural...
no te ofendas, pobre niño.

GONZALO. Nadie sabrá que es mi hermana.

REINA. Que lo ignoren es preciso.
Yo la daré nombre y rango
conformes á mis designios.

GONZALO. Ah! Señora!...
REINA. En cuanto á tí
te nombrarán desde hoy mismo
nuestro primer organista.
GONZALO. Soy de tanto honor indigno.
REY. Mi mayordomo mayor,
en quien ciegamente fio,
conducirá aquí á tu hermana
secretamente: es preciso
que á su encuentro salgas.
GONZALO. Bien:
guardaré el mayor sijilo.—
Con otro hombre hay que contar
en cuya reserva fio.
REINA. Quién es?
GONZALO. Don Juan de Alvarado.
REINA. No es ese tu protegido?
GONZALO. Si señora.
REINA. Por tí solo
entró del rey al servicio.
GONZALO. (El piensa que por Luzbel.)
No es don Juan, señora, indigno
de vuestro favor.
REINA. Pues ya
redoblaré el favor mio.
Mas tú que nada ambicionas
para tí, ¿por qué el cariño
que le tienes?
GONZALO. No sabeis
que ama á mi hermana? lo he visto.
La ama realmente: por eso
toda el alma le he rendido.
REINA. Calla!

ESCENA III.

REINA, GONZALO, DON JUAN, UN UGIER.

UGIER. Don Juan de Alvarado
alférez del rey.
GONZALO. (Dios mio!)
REINA. Llegad.
JUAN. Enviado vengo
por mi general invicto,
á entregar estos despachos
destinados al servicio
de vuestra real magestad.
REINA. Habeis la mision cumplido;
mas para mision tan alta
habeis empleo mezquino.
JUAN. Alférez soy...
REINA. Capitan.
Tendreis vuestro empleo hoy mismo.
JUAN. Qué escucho? Yo capitan?
Ah, Satanás!
REINA. Qué habeis dicho?
JUAN. Nada, señora... es decir...
el placer... el regocijo...
REINA. (Poniéndose á escribir.)
El nuevo empleo, os impone
desembolsos muy crecidos;
la cantidad necesaria
en este papel os libro.
JUAN. Gran señora...
REINA. Bien está.
Adios, capitan.
JUAN. Dios mio!

ESCENA IV.

DON JUAN, GONZALO.

JUAN. Yo no vuelvo de mi asombro.
Nueva merced! nuevos títulos!
Ya puedo volar en busca
de la que amo... ya soy rico.

GONZALO. (Aturdido!) Hola, don Juan.

JUAN. Quién se acerca?

GONZALO. (Presentando la mano en actitud de pedir.) Os felicito.

JUAN. Qué quereis?

GONZALO. Mi parte.

JUAN. Qué?
qué parte?

GONZALO. Mi parte os pido.
Yo he cumplido mi promesa.
Cumplid la vuestra.

JUAN. (Maldito!)

GONZALO. Vacilais?

JUAN. Está resuelto:
el pacto es pacto, y partimos.
Á mí títulos y honores:
á tí la riqueza.

GONZALO. Admito.
Salud, capitan.
(Presentándole la mano que estrecha D. Juan.)

JUAN. Aprecio
el favor, amigo mio.

ESCENA V.

DON JUAN, FABIO.

JUAN. Posible es que el diablo sea
tan leal y franco amigo?
Á fé que por él consigo
cuanto mi ambicion desea.

FABIO. (Asomando por el fondo.) Señor, seais bien hallado.

JUAN. Tú en palacio?

FABIO. Yo; sí tal.
Criado tuyo... es natural
que yo me encuentre á tu lado.
Y yo me hallo aquí en mi centro:
á mí me gusta bullir,
y murmurar, é inquirir
cuanto se fragua aquí dentro.
Sé que hallaste un protector
que te distingue y te ensalza:
toda la baja y el alza
conozco del real favor.

JUAN. Pues yo alcanzo el favor real.

FABIO. Por tu tio, ó por Luzbel?
Quién te favorece?

JUAN. Él.

FABIO. Él es tu tio?

JUAN. No tal.
Vale más mi protector.
Nada á su poder resiste.

FABIO. Por tu vida, dónde hubiste
tan buen hallazgo, señor?

JUAN. No te lo he dicho cien veces?
En el infierno.

FABIO. Jesus!

Guarda de la Santa, tus
espantosas candideces.

JUAN. Bah! Con protectores tales
no temo á la inquisicion.

FABIO. Tanto puede?

JUAN. Como son
sus poderes infernales.

FABIO. Con que él... es el diablo?

JUAN. Sí.

FABIO. En forma humana?

JUAN. Y muy bella.

FABIO. Es él... ó es ella?

JUAN. No es ella.

FABIO. Que era una de ellas creí.
Y se halla en Palacio...él?

JUAN. Aquí está.

FABIO. Vamos á espacio.
Hace dias que en palacio
se habla de cierto doncel...
que unido á la reina vá,
y ejerce gran influencia.

JUAN. Ese es. Bella apariencia
donairoso...

FOBIO. Voto á...
Salía cuando he venido?...

JUAN. Sí.

FABIO. Buen diablo te ha tocado.
Con qué él te ha facilitado?...

JUAN. Todo cuanto le he pedido.

FABIO. Gran fortuna! Y dime aquí,
que esto es para mi gobierno.—
Sabes si habrá en el infierno
un diablo igual para mí?

JUAN. En él mi ventura fio:
puedo asegurarte que es

incansable el interés
que emplea en servicio mio.
Por él gané en un instante
poder... honores... riqueza;
ya ves... y eso que ahora empieza,
qué será más adelante?
Me hizo alférez: y hoy, en prueba
de su interminable afan,
me ha nombrado capitan.

FABIO. Alguna mira se lleva.

JUAN. Pues; él su parte asegura.
Lleva caro; es avariento:
lleva un cincuenta por ciento
en las ganancias.

FABIO. Qué usura!

JUAN. El tiene apego al dinero.

FABIO. Ya no me digas más de él.
Ahora creo que es Luzbel.

JUAN Por qué?

FABIO. Porque es usurero.
Mas suspende tu relato
que viene gente, señor.

JUAN. Esta es la guardia mayor
de ese zaguan inmediato.

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—CORO DE OFICIALES.—Despues GONZALO.

CANTO.

CORO.

Venid adonde alcanza
de la suerte el favor,
siempre dió la esperanza

ánimo al jugador!

FABIO.

Si has de jugar, gana, señor.

JUAN.

Aquí has de ver, Fábio amigo,
que el favor sin par va conmigo
de mi constante protector.
Vé la prueba; al fin recibí mi paga:
escud s de oro son, que aquí voy á doblar.
Vé tú á jugar, ya el gozo me embriaga.

FABIO.

Un doblon nada más...

JUAN.

Ten.

FABIO.

Será mi suerte aciaga.
(Qué tunda habrá, si por mi mal llego á perder.)

JUAN.

El que confie en el azar
no espere hallar jamás dichoso término.
Es desvarío confiar
de la fortuna en el favor.
En el juego y en amores
es segura la mudanza,
mas yo cifro la esperanza
en mi lindo protector.
(Dirigiéndose á los jugadores.)
Continuad.—
Mi ventura
ya es segura,
pues alcanzo
cuanto anhelo:
y me lanzo
sin recelo
al encanto

del placer.

(A Fábio que se acerca contristado.)

Y bien? Qué fué?

FABIO.

Yo bien lo prevenia.

JUAN.

Perdí?

FABIO.

Sí tal.

JUAN.

Perdí! No tal! No puede ser.

FABIO.

Es la verdad.

JUAN.

Es cierto: era fuerza perder.
Yo soy aquí á quien Satán proteje.
Ahora verás.

FABIO.

Señor.

JUAN.

Va todo mi caudal
de una vez.

CORO.

Bien está.

FABIO.

Ten. Ya no juegues más.

JUAN.

No! Cual gano verás.—
El que confia en el azar,
no espere hallar jamás dichoso término.
Es desvarío confiar
de la fortuna en el favor.
En el juego y en amores

es segura la mudanza
mas yo cifro mi esperanza
en mi lindo protector.
Continuad.—
Mi ventura
ya es segura;
pues alcanzo
cuanto anhelo,
y me lanzo
sin recelo
al encanto
del placer.

CORO.

Ganó.

FABIO.

Pardiez... ganó!

JUAN.

Es cosa ya infalible;
y vas á ver aún.

GONZALO.

(Apareciendo por el fondo.)

(Allí jugando está;
vá á perder sin dudar.)

JUAN.

Doblando todo vá.

GONZALO.

(Tocando con la mano en el hombro de D. Juan.)

La mitad.

JUAN.

Por qué?

GONZALO.

Mi parte.

JUAN.

Es posible?

A mi pesar teneis razon y vedla aquí.

FABIO.

Quién es señor!

JUAN.

Es él.

CORO.

Venid! La hora sonó. Venid.

FABIO.

Es él?

JUAN.

El es.

CORO.

Venid á donde alcanza
de la suerte el favor.
Siempre dió la esperanza
ánimo al jugador.

JUAN.

Reclama ya exigente
parte de mi caudal.
Mi ambicion es prudente,
la suya es infernal.

FABIO.

Este importuno asedio
sabré yo contener;
si no por nuestro medio
pronto vá á enriquecer.

ESCENA VII.

DON JUAN, GONZALO, FABIO.

HABLADO.

GONZALO. (A Fábio que se acerca á tomar el dinero de la mesa.)
Apártese el majadero.
FABIO. Qué?
GONZALO. Lo suyo á cada cual.
FABIO. No ves lo que hace?
JUAN. Sí tal.
FABIO. Se está guardando el dinero.
JUAN. Son condiciones...
FABIO. Amargas
condiciones!
GONZALO. Se acabó.
FABIO. Qué tal el nene? Pues no
tiene las uñas muy largas.
Este es sin duda ninguna
un buscon, un intrigante,
ó á lo más un estudiante
que va corriendo la tuna.
GONZALO. Adios. (Alejándose.)
JUAN. Mi afan necesita
que me lleves sin tardanza
á realizar la esperanza
que en mi corazon palpita.
GONZALO. Una esperanza?
JUAN. De amor.
GONZALO. (Oh! Dios mio!)
JUAN. Con tu ayuda
puedo alcanzarla?
GONZALO. Sin duda.

JUAN. Ah!
FABIO. Qué te emboba, señor!
JUAN. Nécio! Él puede alcanzar esto
con solo un gesto.
FABIO. Á que no?
DIEGO. (Apareciendo en la puerta segunda de la derecha.)
Pasad adelante.
GONZALO. Al ver á don Diego.) (Oh!)
FABIO. Ay! Que ya está haciendo el gesto.

ESCENA VIII.

GONZALO, ANA, DON JUAN, FABIO y DON DIEGO.

JUAN. Ella!
FABIO. Cielos!
JUAN. Esto más?
Ya es mi ventura colmada!
DIEGO. (Interponiéndose entre Ana y don Juan.)
Atrás!
ANA. Don Juan!
JUAN. Prenda amada!
DIEGO. ¿Qué es esto? Haceos atrás!
GONZALO. (¡Silencio!) (Llegando á Ana furtivamente.)
ANA. (Cielos!)
GONZALO. (Soy yo.)
DIEGO. Ceded al mandato mio,
y salid de aquí.
FABIO. (Qué tio!)
GONZALO. Respetad su órden.
(Llegando del mismo modo á don Juan.)
JUAN. No.
Lleváosle.
GONZALO. Tal no haré.
Qué mitad vengo á adquirir?

Á tu tio has de partir
por la mitad.

FABIO. (A Don Juan.) Partelé!

JUAN. Aunque el paso me cerreis
no cedo en esta ocasion.

DIEGO. Rebelde! Dáos á prision.

JUAN. De qué derecho os valeis?

DIEGO. Yo soy el gobernador
de palacio.—A mí! (Aparecen guardias.)

JUAN. Qué es esto?

DIEGO. Esto es que vais á un arresto
por tres dias.

JUAN. Oh! Furor!

DIEGO. Por cuatro.

JUAN. (A Gonzalo.) Que esto me envias?

DIEGO. Por ocho.

FABIO. Cállate ya,
porque si no callas, vá
á seguir echando dias.

GONZALO. (A don Juan.)
Ocho dias de prision!

JUAN. Cuatro: cuatro para mí,
y otros cuatro para tí;
la mitad.

GONZALO. Tienes razon.

JUAN. (Tengamos calma.) Guiad.
(Sale seguido de los guardias.)

FABIO. (Se ha quedado tamañito
el diablo... Truhan!...—Yo evito
la responsabilidad.
Y pues hace aquí el oficio
de diablo, resuelto estoy:
en este momento voy
á acusarle al Santo Oficio.
(Se vá.)

DIEGO. Pues queda esto concluido,
podeis, señor mayordomo,
decir á la reina, cómo
su órden habeis cumplido.
(Sacar partido me ofrezco
de este lance, vive Dios!) (Váse.)

MAYORDOMO. (A Gonzalo.)
Conducirla debí á vos,
y así á la reina obedezco.

ESCENA IX.

GONZALO, ANA.

ANA. Ya estamos solos.
GONZALO. Sí; ven.
ANA. Ah! Qué tormento, Dios mio!
Huyamos.
GONZALO. Qué desvarío!
ANA. Tú has visto á ese hombre?
GONZALO. Á quién?
ANA. Ese hombre de torva faz.
GONZALO. Explícate.
ANA. En la morada
por tí á mi bien preparada,
estábame en santa paz.
En tu nombre, llegó un hombre
á sacarme del convento.
Dudé... vacilé un momento,
mas cedí oyendo tu nombre.
Ahora veo que hice bien,
puesto que á mi lado estás;
pero aquel hombre... creerás
que hoy me acechaba tambien?
Y que apenas llegué aquí

á esa puerta apareció,
y su mirada me heló,
y á su voz enmudecí?

GONZALO. Mas quién es?

ANA. El que ordenó
la triste clausura mia:
el que con astucia impía
de tu lado me alejó.

GONZALO. Ese? Justicia del rey!
Y ese hombre en palacio está?
Justicia! Sobre el cacrá
todo el rigor de la ley!

ESCENA X.

EL REY, GONZALO, ANA.

REY. Qué es esto?

GONZALO. Ah, gran señor!
Vuestro favor invocamos.

REY. Ella!

ANA. Él!

GONZALO. Qué es esto? (Corriendo al lado de Ana.)

ANA. (Huyamos!)

GONZALO. De qué nace tu pavor?

ANA. Es el jóven que aquel dia
quedó turbado ante mí.

GONZALO. El rey!

ANA. El rey?

GONZALO. El rey, sí!

ANA. Cielos!

GONZALO. (Pobre hermana mia!)

REY. (Dulcemente suspendida
el alma mia quedó.)

GONZALO. (Y á mí la reina fió

que ocultara tu venida!)

REY. (Á Gonzalo.) Quién eres, que en noble empeño
mis venturas solicitas?
Quién eres, que así me incitas
á hacerte de mi alma dueño?
Por qué encanto celestial
al fijar en mí tus ojos,
desvaneces mis enojos
y dulcificas mi mal?
Yo quiero saber quién eres;
y quiero... (Trayéndole á sí.) quiero saber
quién es aquella mujer
por quien tú mi amparo quieres.
Tú la has conducido?

GONZALO. No.

REY. Mas tú la conoces?

GONZALO. Sí.

REY. Díme quién es?

GONZALO. Pesiamí!...
no os lo puedo decir yo.

REY. Quién lo impide?

GONZALO. Mi lealtad.

REY. Lealtad á quién?

GONZALO. Yo sé á quién.

REY. Por qué callas?

GONZALO. Por su bien.

REY. Tanto la amas?

GONZALO. Sí en verdad.

REY. Qué daño llora?

GONZALO. El mayor.

REY. Que es tan grande?

GONZALO. Bien se vé.

REY. Ultrajáronla?

GONZALO. Sí á fé.

REY. Quién la ultrajó?

GONZALO. Un gran señor.
REY. Le ha perdonado?
GONZALO. Quizás.
REY. Guarda el agravio?
GONZALO. Tal vez.
REY. Con rencor?
GONZALO. Con altivez.
REY. Podrá olvidarle?
GONZALO. Jamás.
REY. Ella es prenda tuya?
GONZALO. Oh!
REY. No se halla contigo?
GONZALO. Sí.
REY. Díme quién es.
GONZALO. Pesiami!...
no os lo puedo decir yo!
REY. (Vencer mi pasion creia,
y aquí existe ardiente y fiera!)
GONZALO. (Si esto la reina supiera,
cual la madre lloraria!)
REY. Niña, la que honda inquietud
guardais triste y silenciosa,
la de la faz desdeñosa
y recogida actitud;
por qué de mí retirada
la vista al suelo bajais,
y mi presencia evitais
tímida y apesarada?
Ya sé cuál es la razon
de vuestro fiero desden;
juzgad vos si alcanzo bien
vuestra justa indignacion.
Un hombre al acaso os vió,
y admirador vuestro fué;
cómo os ha estimado, sé:

cómo os ha ofendido, no.
Si con pérfida malicia
á él os acercaron, y hoy
buscais mi justicia, voy
á haceros cabal justicia.
Cuanto me pidais haré
para más satisfaceros;
pero disipad los fieros
enojos que no os causé.

ESCENA XI.

REY, REINA, GONZALO, ANA.

GONZALO. La reina. (Al rey en tono confidencial.)
REY. (Del mismo modo.) Que solo quepa
el secreto entre los dos:
no en la reina, no por Dios!
que mi madre nada sepa!
REINA. Como lo ordenásteis vos, (Llegando.)
reunido el Consejo está.
REY. Al punto voy.
REINA. En mi ausencia
como quien sois gobernad.
REY. Hoy al Escorial partis?
REINA. Hoy me parto al Escorial.
En su vasto monasterio
debo mi oracion alzar
á Dios, para que os conserve
la salud que al fin lograis.
REY. Gracias, madre mia. Iré
á despediros.
(Al marcharse á Gonzalo.) (Callad.)

ESCENA XII.

REINA, GONZALO, ANA.

REINA. Te he cumplido mi promesa.—
Niña, acercaos acá:
me han dado aviso, que ahora
acabásteis de llegar:
que juntos os encontrábais;
y me han contado además
que apenas el pié pusísteis
en palacio, por mi mal
salió á vuestro encuentro un hombre,
para el que oculto no hay
nada aquí, pues aquí solo
impera su voluntad.
El rey á su voz se humilla
con cariño criminal,
y él con traza inícua, sabe
su confianza ganar.
El rey busca en él su bien,
y solo alcanza su mal,
y hasta mi ruego resiste
si de esto le llego á hablar.
Este es el gobernador
de palacio, hombre falaz,
hipócrita, y pues que logras
con el rey privanza tal,
en contra de ese hombre, logra
hoy cuanto puedas lograr.
Esto en mi ausencia te encargo,
y eres discreto y leal.—
Ahora venid, que deseo
aposentaros con las

damas de mi servidumbre.

GONZALO. Ve, hermana mia, ve en paz.

ESCENA XIII.

GONZALO.

Qué hacer, Dios mio, qué hacer?
Qué resolucion tomar?
Yo confidente del rey...
y entre ambos mi hermana está!
El rey la ama: mi primer
movimiento, es esplicar
á la reina todo el caso...—
La voy á hacer mucho mal.
Huiremos de aquí? Sería
ingratitud. Y don Juan
que tanto quiere á mi hermana...
cuando sepa que es rival
del rey... y si el rey lo sabe...
Pero por fortuna está
arrestado; por ahora
no hay que temer á don Juan.
Sus locuras me extremecen.

ESCENA XIV.

GONZALO, DON JUAN.

JUAN. Héme á vuestro lado ya.

GONZALO. (Libre? Pues él sí que es brujo.)
Y el arresto? En él no estais
por ocho dias?

JUAN. Por cuatro.

GONZALO. Y aunque así sea ..

JUAN. Es verdad.
Mas pues hemos de partir
los dias, cortés será
ofrecerte los primeros.
GONZALO. Cómo?
JUAN. Por eso no más
me arrojé por la ventana
ansiando mi libertad.
GONZALO. Dios mio!
JUAN. Buen salto! Doce
varas de altura no más.
GONZALO. Y no os rompísteis un brazo?
JUAN. Y me he podido estrellar.
Pero al instante pensé:
no me tiene Satanás
amistad? Pues no hay peligro.
Él me pondrá en salvo; y... pam!
me arrojé.
GONZALO. (Se vá á romper
el alma por mi amistad.)
JUAN. No vengo en tu busca; vengo
en busca de la beldad
que adoro. Es ella!
GONZALO. La misma.
JUAN. Tú la conoces?
GONZALO. Sí tal.
Vivia frente á tu casa.
JUAN. Cierto.
GONZALO. Cosiendo.
JUAN. Es verdad.
GONZALO. Sé que estás enamorado.
JUAN. Ciegamente.
GONZALO. Haces muy mal.
JUAN. Es tan bella!
GONZALO. Don Juan, huye

de su belleza, don Juan.

JUAN. Qué dices?

GONZALO. Si tu bien amas,
no la vuelvas á ver más.

JUAN. Imposible!

GONZALO. Si la miras,
si la hablas, perdido estás.
Vas á ser muy desgraciado.

JUAN. Que lo sea: me es igual.

GONZALO. Eso dices? Tú que al diablo
has negado el alma.

JUAN. Ya!
Al diablo sí; pero á ella...

GONZALO. Es lo mismo: qué más dá?
No es ella de mi familia...
de mi raza?

JUAN. Qué?

GONZALO. Sí tal.

JUAN. Ella hija del infierno?

GONZALO. Hermana de Satanás.

JUAN. No puede ser; aquel aire
sencillo... aquel ademan...

GONZALO. Y qué! Nosotros tomamos
con mucha facilidad,
el aire y maneras que
convienen á nuestro plan.

JUAN. Es cierto.

GONZALO. Ella viene; huye
de su belleza falaz.

ESCENA XV.

REINA, GONZALO, ANA, D. JUAN, DAMAS.

REINA. Como á mi dama de honor
estimadla: vamos ya.
Adios, hija mia. En esa
habitacion os quedad.
Ven á recibir mis órdenes: (A Gonzalo.)
á despedirme vendrás.
JUAN. (Dama de honor de la reina!)
GONZALO. (Juntos los dos!)
REINA. (Á Gonzalo.) Ven.
ANA. (Se vá.) (Vánse.)

ESCENA XVI.

DON JUAN, ANA.

CANTO.

ANA.

(Despues de penosa y larga ausencia
calmar debo yo su inquietud.
Mas no; él calla en mi presencia,
debo yo imitar su actitud.)

JUAN.

(Amor su mirada despide,
vierte bondad su dulce voz.
Quién dirá que en ella reside
de Satán el ódio feroz?)
Tenaz me mira,
furor respira,

sombra falaz
baña su faz.
En su mirada
desconfiada
nótase el sér
de Lucifer.

ANA.

Él me examina,
y se adivina
secreto afan
en su ademan:
mostrar desdeña
la faz risueña.
Por qué de mí
se aleja así?
(No debo yo lograr su calma:
hable primero él.)

JUAN.

Debo al diablo creer:
claro está que ella es Lucifer.
Aspirar á su amor es condenar mi alma.
Jamás!

ANA.

Se vá! Adios!

JUAN.

Dignaos perdonar,
niña gentil... no... perdon,
yo no sé qué nombre buscar:
yo... vos...
Tenaz me mira,
furor respira, etc.

ANA.

Yo bien sé en mi fiero quebranto,
que el mal que os domina es tanto
y tal, que hasta la fé mata en el pecho.

JUAN.

Ay! no!

Yo guardo amante fé.

ANA.

Dudarlo debo yo.

JUAN.

Ah! Jamás morirá la fé que mi alma siente.

ANA.

Verdad?

JUAN.

Tal es mi fé, que huirla debo aqui
y en mi fiel corazon se agita más ardiente.

ANA.

Sí? Más ardiente?

JUAN.

Mucho más.
Ah! Mi amor toca ya en frenesí.
La pasion que me inunda
me imprime nuevo sér:
que Satán me confunda
pues no la he de vencer.
A tí vuela mi alma,
y anhelo desde aquí
hallar amante calma
unido siempre á tí.

ANA.

A mí vuela su alma,
y anhela desde aquí
hallar amante calma
unido siempre á mí.

JUAN.

Bien sé yo que hondo mal me amenaza
al contemplar tu faz gentil.
No importa; mi amor nos enlaza.

ANA.

Nos enlaza? Frase sutil!

JUAN.

Bien sé que será mi tormento

este amor que rendirte sabré.
No importa; yo estoy decidido
á perderme.

ANA.

Vos? y por qué?

JUAN.

La fé que en mi alma se agita
á tus pies me logró encadenar.

ANA.

Qué decis?

JUAN.

Ah! Tu voz me incita.
Al fin me logró encadenar.
La pasion que me inunda
me imprime nuevo sér, etc.

(Don Juan cae de rodillas á los pies de doña Ana, besándola una mano.)

ESCENA XVII.

EL REY, ANA, DON JUAN, DON DIEGO, Cortesanos.

HABLADO.

DIEGO. Mirad, señor! (Señalando á don Juan y Ana.)
REY. Oh! qué veo?
DIEGO. Miradlos!
REY. Cuánta maldad.
DIEGO. Apoderáos de ese hombre.
REY. Castigad su infamia.
ANA. (Desapareciendo.) Ah!
DIEGO. Y bien! Don Juan de Alvarado,
dáos á prision!
JUAN. Voto á San!
DIEGO. (Al rey.) La Inquisicion le reclama.

REY. Cúmplase su voluntad.
No hay perdon para el impío!
que no ose hasta mí llegar! (Desaparece.)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, DON DIEGO, FABIO, Coro.

FABIO. Qué es esto, señor?
DIEGO. Del rey
la justicia ejecutad.
FABIO. Van á quemarte?
JUAN. No temas;
me proteje Satanás.
FABIO. No confies en tu diablo;
yo acabo de declarar
al santo Oficio, que es
un intrigante.
JUAN. No es tal.
FAMILIAR. Señor, aquí está el herege.
DIEGO. Llegue á mi presencia. (Ah!
La reina no está en Madrid;
el rey su poder me dá:
pobre mancebo, no puedes
combatir mi autoridad.)

CANTO.

FABIO.

Gracia para él.

DIEGO.

El rey aprueba la sentencia,
que yo mandé dictar
segun mi conciencia.

FABIO.

Cuál? Un arresto no más mereció.

JUAN. (A Fabio.)

Yo forcé la consigna.

FABIO.

Y por tal imprudencia,
hoy te van á quemar
si este fiero señor no se apiada.

JUAN. (Con frialdad.)

Verdad.

DIEGO.

Convicto de heregía,
de pacto con el diablo,
y á más de hechicería,
á la prision llevadle al punto.

FABIO.

Qué poder bastará á salir de este apuro?

JUAN.

No es incumbencia mia:
es cargo de Asmodeo;
salvarme es su deber.

FABIO.

Habla tú. Ruégale.

JUAN.

Por qué me he de apurar?
yo sé que el diablo no me puede abandonar.

FABIO.

Denunciado por mí,
qué hará por tí Asmodeo
si debe como tú
sufrir la misma pena?

GONZALO. (Apareciendo con los familiares.)

Qué me quereis en fin?

CORO.

El santo Oficio
al maleficio
dictar suplicio
sabrá despues.
La raza impía
de la heregía
en este dia
sucumba pues.

GONZALO.

Tened! parad, oid!

CORO.

No! no!

GONZALO.

Oh Dios! la reina
para mi mal no se halla aquí.

FABIO.

De Satán la pujanza es vana.

GONZALO.

Mas al rey podré reclamar.

DIEGO.

Atrás!
De órden del rey
ninguna instancia humana
podrá llegar hasta él.

GONZALO.

Oh! Dios! Cómo llegar?

FABIO.

Y bien; no tiemblas tú?

JUAN.

Ya ves que estoy sereno.

FABIO.

Nada te apura aquí?

JUAN.

Por qué me he de apurar?
Yo se que el diablo no me puede abandonar.

CORO.

El santo Oficio etc.

FABIO.

El suplicio aprestan.

GONZALO.

Esperanza precária!
Dejad que á Dios eleve mi plegaria.

(Á una seña de don Diego todos se retiran, dejando á Gonzalo en el centro de la escena, en donde cae de rodillas empezando á cantar.)

Oh, rey poderoso,
imágen de Dios!
mi ruego amoroso
se eleve hasta vos.
Si mi triste acento
os cansa quizá,
en vos mi lamento
perdon encontrará.
Al que á la voz de amor perdona,
Dios, todo amor, perdonará.—
La puerta se abre. Oh, placer! Allí está.

DIEGO.

Cese la cancion.
En marcha pues.

CORO.

Venid.

REY.

Deteneos!
Dejadle en libertad.

JUAN. (A Fabio.)

Tú lo ves.

REY.

Su cancion celestial

dulce bien vierte en mi:
de su voz sin igual
al poder sucumbí.

DIEGO.

Contratiempo fatal
provocó su cancion.
yo sabré de su mal
encontrar la ocasion.

JUAN.

Ya tú ves la amistad
que me rinde Luzbel.
Ni hay para él magestad,
ni hay poder para él.

FABIO.

Yo lo ví; yo lo oí;
lance fué singular:
yo no se cómo así
puede al rey dominar!

DIEGO.

Vuestra órden respeto.

REY.

Tal órden no es con él.

GONZALO.

(Al rey designando á don Juan.)
Ni para él será.

REY.

Oh! Sí por Dios!
es criminal.

GONZALO.

Qué crimen?

DIEGO.

Maleficio.

GONZALO.

(Salvado está.) Yo probaré, señor,

que no ofendió jamás al santo Oficio.

REY.

Culpable es.

GONZALO.

Oh! Dios!

REY.

Fué criminal accion.
El ante mí con ademan osado
ofendió la inocencia; ultrajó á la virtud.
Yo sorprendí su hipócrita actitud.
Amor juraba impío! Sí, por ella!

GONZALO.

(Perdido está!
Inspírame, gran Dios!) Y si él siguió su huella
con razon mejor?

REY.

El?

GONZALO.

Ella es... su mujer!

REY.

Su mujer! Su mujer!
Me rindió por mi fé
tan leal confesion,
desde aquí yo sabré
sofocar mi pasion.

JUAN.

El dominio feroz
vence aquí de su ley
y enmudece á su voz
la palabra del rey.

GONZALO.

Con lábio falaz
vencí de mi rey,
lo exige su paz,

mentir era ley;
creyendo por mí
bendita su union,
sabrá desde aquí
vencer su pasion.

CORO.

Oh! sorpresa! oh! prodigio!
Él exige, él ordena,
y su voz encadena
del monarca el poder.

FABIO.

Su demanda sagaz
me ha vencido tambien:
aunque es diablo el rapaz,
es un diablo de bien.

DIEGO.

El dominio feroz
vence aquí de su ley,
y enmudece á su voz
la palabra del rey.

GONZALO. (Al rey confidencialmente.)

Si ansiais calmar ahora
la pena de vuestra alma,
ordenad que él se aleje
al instante de aquí.

REY.

No.
Si él de este lugar se aleja
no podré verla más.
Llegad aquí, don Juan.

JUAN. (Llegando al rey.)

Tanta honra...

REY.

De mi ciego desman olvidad el delirio.
Estais ya libre.

JUAN.

(Inclinándose ante el rey, mientras estrecha furtivamente la mano de Gonzalo.)

Gracias.

REY.

Os vuelvo mi amistad:
vos mereceis mi confianza.

JUAN. (De igual modo.)

Gracias.

REY.

Vos no saldreis de aquí:
de mis guardias
desde ahora, vos, don Juan,
sois coronel.

JUAN. (De igual modo.)

Muchas gracias.

FABIO.

(Yo estoy estupefacto!)
Se porta Satanás muy bien contigo.

JUAN.

Ya te lo dije yo: por qué me he de apurar?
yo sé que el diablo no me puede abandonar.

GONZALO.

Con lábio falaz
vencí de mi rey, etc.

REY.

Me rindió por mi fé... etc.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Otro salon de palacio.—Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.

CANTO.

Dos dias há que espero algun mensage;
la reina ausente está, y yo tiemblo por mí:
engañar así al rey, bien sé yo que es ultraje;
por mi fé que hice mal, y al pesar sucumbí.
Favor mi noble protectora
le dá á tu pobre servidor;
yo estoy ausente de tí ahora
del rey temiendo ya el rigor.
Con mi pesar inmenso,

fuerza es desde hoy luchar:
te llamo, y tu silencio
aumenta mi pesar.
Para mí
no hay sin tí
placer ni calma:
yo á tu lado inmenso amor sentí:
tú dás á mi alma bienhechor placer;
nuevo vigor dás á mi sér.
En la dulzura
de tu mirar
hoy mi ventura
quiero encontrar.
Hoy por fin
á calmar
vendrás mi pena.
Sí.
Yo creo oir allí rumor.
Para mí
no hay sin tí
placer ni calma.
Yo á tu lado inmenso amor sentí.
Puesta dejo mi esperanza
en tu afecto protector:
quien te ruega siempre alcanza
la pureza de tu amor.

ESCENA II.

GONZALO, LA REINA, DAMAS

HABLADO.

REINA. Despejad. A las damas que se retiran.
GONZALO. Con impaciencia
os esperaba, señora.
REINA. Tu inesperado mensaje

me ha llenado de zozobra.
Se trata del rey?

GONZALO. Del rey.

REINA. Qué nuevo mal le acongoja?

GONZALO. Las nuevas de que se trata
no afectan á su persona.
Tranquilizáos; las nuevas
que os tengo que dar, son otras.
Ante todo: en vuestra ausencia,
he puesto mi atencion toda
celando al gobernador
de palacio; soy su sombra.
Tengo el hilo de una intriga.

REINA. Una intriga?

GONZALO. Ruin, odiosa.
Dadme algun tiempo: no puedo
deciros más por ahora.
En breve os satisfaré;
cuento con una persona,
que interesada en el caso
á mi voluntad se amolda.
Hombre activo, inteligente...
mucho su ayuda me importa.

REINA. Mas esa intriga...

GONZALO. Es don Diego
quien la dirige, señora.
Mas ya os lo dije; esperad.

REINA. Dáme esplicaciones...

GONZALO. Prontas.
Y en tanto, me otorgareis
nueva merced?

REINA. Esa y todas.
Qué anhelas?

GONZALO. Verificar
en secreto y sin demora

el enlace de mi hermana
con don Juan.

REINA. Don Juan? Me asombras.
Cuando de tí me alejé
querias á toda costa
separarlos...

GONZALO. Es verdad.
Entonces... pero es que ahora...
Si supiérais...

REINA. Qué misterio?...

GONZALO. Ninguno. Esta union importa
á mis planes... y la anhelo...
y á la par me es enfadosa.

REINA. Y por qué?

GONZALO. Porque don Juan
pasó á otro estado; y tan otra
es su situacion, que hoy gana
una fortuna cuantiosa
por muerte de un deudo suyo
que su heredero le nombra.
Más vale que él determine...
él puede aspirar ahora
á mejor partido... pero
en tal estado las cosas,
qué haré, para mejorar
mi situacion angustiosa?

REINA. Esplícate más.

GONZALO. No puedo:
fiais en mí, gran señora?

REINA. Sí fio.

GONZALO. Pues bien: mi hermana
no será tan pronto esposa
de don Juan... mas para el rey
lo es ya... esta es mi zozobra.
Si en esto os habla... decid

que vos hicísteis la boda.

REINA. Con qué objeto?

GONZALO. Esto interesa
á su quietud.

REINA. Pues si importa
á la quietud de mi hijo
te lo ofrezco desde ahora.

GONZALO. Me tranquilizais.

REINA. Silencio.

GONZALO. Vuestras damas. Vienen todas.

REINA. Vienen á advertirme que
se acerca la ceremonia.

GONZALO. Cuál?

REINA. El nuevo embajador
de Alemania... allí es forzosa
mi presencia... al terminar
la recepcion... sin demora
búscame. Yo por tu hermana
te daré aviso.

GONZALO. Señora...

(La reina desaparecé por el fondo seguida de las damas.)

ESCENA III.

GONZALO, FABIO.

FABIO. (Ya dí con el diablo!)

GONZALO. (Mi hombre!)
Hola, señor Fábio!...

FABIO. Hola!

GONZALO. Qué traes?

FABIO. No traigo nada.

GONZALO. Qué tenemos?

FABIO. Poca cosa.

GONZALO. Qué nuevas hay?

FABIO. Ya no hay nuevas.
GONZALO. Díme, que ya oigo.
FABIO. No oiga.
GONZALO. Mas qué has inquirido?
FABIO. Nada.
GONZALO. Perezoso andas.
FABIO. Qué posma!
GONZALO. Y por tí lo siento.
FABIO. Vuelta!
GONZALO. Me inspiras lástima!
FABIO. Torna!
GONZALO. Tú me delataste al
santo Oficio: accion odiosa!
Y ya ves, la Inquisicion
con el diablo nada logra.
Bien ves que es trabajo inútil
atentar á mi persona.
Pero al fin y al cabo, tú
has escitado mi cólera,
y la picota te espera,
si á mi gusto no te amoldas.
Ya ves mi poder: elige
entre hablar, ó la picota.
FABIO. (Este diablo me exaspera,
me fastidia... me encocora.
GONZALO. Descubriste algo?
FABIO. Algo.
GONZALO. De interés?
FABIO. De mucha monta.
GONZALO. Anda bien la intriga?
FABIO. Anda.
GONZALO. Toma proporciones?
FABIO. Toma.
GONZALO. Con que consigues?...
FABIO. Consigo.

GONZALO. Con que traes nuevas?...
FABIO. Muy gordas.
GONZALO. Son de palacio?
FABIO. De fuera.
GONZALO. Importan al rey?
FABIO. Importan.
GONZALO. Pues él te proteja.
FABIO. Amen.
GONZALO. Y vé diciendo.
FABIO. Pues oiga. —
Por yo no sé qué razones
de palaciega tramoya,
que esto no pude saber
por más que el saberlo importa,
trátarse de distraer
al rey, que en el caso estorba,
conduciéndole á tener
relaciones amorosas,
por medio... de no sé quién,
con... no sé qué dama incógnita.
GONZALO. (Mi hermana!)
FABIO. Como yo, en fin,
entro y salgo á cualquier hora
en casa del confesor
del rey, hallo modo y forma
de introducirme, sin ser
sospechoso: allí hay persona
que me dá su confianza,
y como es cualidad propia
de sirviente, escudriñar
las ideas más recónditas
de su señor, y yo tengo
habilidad que me sobra
para sorprender secretos,
tengo á éste puesta la proa.

Este don Diego Guevara
se halla en relaciones hondas
con el confesor del rey.
Hay correspondencia gorda:
y he logrado traslucir
que hay una carta, entre todas,
del de Guevara, que esplica
toda la intriga.

GONZALO. Pues tómala.

FABIO. Por qué medio?

GONZALO. Busca el medio.

FABIO. Dádmele vos.

GONZALO. Medios sobran.

FABIO. No sois el diablo? Pues esta
es una intriga diabólica;
la debiérais conocer.

GONZALO. Busca el medio.

FABIO. Punto en boca.
Ya no conteis más conmigo.

GONZALO. Cómo?

FABIO. Buscad vos la forma.
No sois el diablo? No es tanto
vuestro poder? Hola! Hola!
Probadlo... ó lo dicho, dicho.
Conque... manos á la obra.

ESCENA IV.

GONZALO, DON JUAN, FABIO.

JUAN. Es hora de verte? Al punto
dí, bribon, dónde has andado?

FABIO. Señor... andaba ocupado
en un diabólico asunto.

JUAN. Pase por hoy, Fábio amigo;

mas que no suceda más.

FABIO. Desde que heredaste, estás
siempre enojado conmigo.
Parte en tus pesares tomo,
pero no en tus alegrías.
Ya que eres rico, debias
nombrarme tu mayordomo.

JUAN. Si no te nombra Luzbel,
yo no te puedo nombrar,
porque no puedo tomar
nada que no venga de él.

FABIO. Son por demás escusados
esos miramientos... Bah!
qué te importa el diablo ya
con seiscientos mil ducados?

GONZALO. Trescientos mil.

FABIO. Cómo?

GONZALO. Cómo?
Y mi parte?

JUAN. (A Fabio.) Hay que partir?

GONZALO. Y aún os podria exigir
la mitad del mayordomo.

JUAN. Cedo á la exigencia.

FABIO. Qué?

JUAN. Partiremos.

FABIO. Arre allá!

JUAN. Qué remedio, Fábio? Está
en su derecho.

FABIO. Y que esté!
(Se oye un redoble de tambor.)

GONZALO. Silencio! (Se sienta á escribir.)

JUAN. Empezó sin duda
la recepcion anunciada.

FABIO. (Tomando una pistola del cinto de Don Juan.)
Permite...

JUAN. Qué haces?
FABIO. Nada.
Permíteme, y Dios me acuda.
JUAN. Que está cargada te advierto.
FABIO. Pues así la quiero yo.
No es el diablo? Es que si no,
ya puede contarse muerto.
JUAN. Pierdes tiempo.
FABIO. (Colocándose detrás de Gonzalo que se halla escribiendo, y apuntandole con la pistola.)
Puede ser.—
Pues sabeis lo porvenir
no me podriais decir
lo que ahora os va á suceder?
GONZALO. Que la reina, que se afana
en realizar mi deseo,
firmará esta órden.
FABIO. (Leyendo por encima del hombro de Gonzalo.)
Qué leo?
GONZALO. Para que te aborquen mañana.
FABIO. ¡Cielos!
(Tira la pistola.)
GONZALO. En este papel
va tu sentencia de muerte.
Miras este otro? Advierte
que va un nombramiento en él.
Solo le ha de merecer
tu actividad, tu obediencia.
Este, oculta tu sentencia:
este, una plaza de ugier.
Elige.
FABIO. Elijo el empleo.
GONZALO. Pues á ganarle.
FABIO. Por mí...
JUAN. (Sacando la espada y presentándola.)

El rey! La reina!

GONZALO. Tú aquí?

(Cruza la córte.)

FABIO. Es el diablo, ya lo creo.

GONZALO. Cuenta con lo prometido.
Tengo que hablar con don Juan.
Déjanos.

FABIO. Vóime al instante.

GONZALO. No; ven aquí.

FABIO. Qué mandais?

JUAN. Qué mudanza es esta, Fábio?
Te has vuelto muy servicial!

GONZALO. Quiero que hables á la reina.

FABIO. Del empleo?

JUAN. Empleo ya?

FABIO. Me ha prometido una plaza
de ugier. Quiero prosperar.

JUAN. Conque te entregas á él?

FABIO. En cuerpo y alma.

JUAN. Qué tal?
Haces bien. Conque una plaza?
Él te lo conseguirá.
Él desplega un interés
y exactitud sin igual.
Lleva caro, ya lo sabes;
Siempre pide su mitad.—
A propósito me hareis
un nuevo favor...

GONZALO. Sí? Cuál?

JUAN. Esta mañana queríais
obligarme á renunciar
al amor de la mujer
por quien suspiro.

GONZALO. Es verdad.

JUAN. Pues bien; no he podido huir

su belleza singular...
y cayendo de rodillas
cojí su mano...

GONZALO. Qué mas?

JUAN. Qué mas? Que la he rendido
el alma y la voluntad;
que vendí mi alma al demonio.

GONZALO. Es posible?

JUAN. Sin dudar.
Bien comprendereis ahora
que soy suyo, y que jamás
huiré de su lado. Quiero
casarme con ella.

FABIO. Cá!

GONZALO. Calla!

JUAN. Criatura humana,
ó hija de Satanás,
ella ha de ser mí mujer.

GONZALO. Ahora sois rico, don Juan:
á partido más brillante
podeis ahora aspirar.

FABIO. Pues pensais vos que mi alma
ceda al poder infernal
de la riqueza? La entrego
al diablo: al oro... jamás!

GONZALO. (Muy bien!)

JUAN. (A Fábio.) Y este matrimonio
no es fácil de efectuar?

FABIO. Falta primero el permiso
de su familia... y quién vá!. .
(A Gonzalo.) Mas vos debeis tener mucha
influencia por allá ..
arregladlo vos de modo
que no haya dificultad
para el caso, y llegue pronto

la aprobacion infernal.

GONZALO. Contad ya con mi influencia.

ESCENA V.

GONZALO, DON JUAN, FABIO, UN UGIER.

UGIER. (Dándole un pliego.)
De parte del Rey, don Juan.

JUAN. (Despues de leer el pliego.)
Oh! Dios mio!

FABIO. Qué te pasa?

JUAN. Quién vió exactitud igual?
Ya estoy casado.

GONZALO. (Qué dice?)

JUAN. (Á Gonzalo.)
Gracias! gracias! Escuchad:
Este mensaje es del rey.
«Don Juan; sabemos que estais
casado: en su consecuencia,
disponeos á habitar
en nuestro palacio, al lado,
y en habitacion igual,
de doña Ana vuestra esposa.»
Esto es sueño ó realidad?
Ya es mi esposa! No lo ves?
Qué dices á esto?

FABIO. Don Juan!...
aquí hay error.

JUAN. Pues el rey
se ha podido equivocar?
No ves la firma?

FABIO. Si veo.
Conque ello sin más ni más
te han casado, sin que tú

te apercibas?...

JUAN. Claro está:
que de otro modo, no habria
nada sobrenatural.

UGIER. (Anunciando.) El rey.

FABIO. Qué es esto?

JUAN. Que dió
fin la ceremonia real.
Buena ocasion; por el rey
sabré toda la verdad.

ESCENA VI.

EL REY, GONZALO, DON JUAN, FABIO, Cortesanos.

GONZALO. Dios mio!

REY. (Dirigiendose á un cortesano.)
Conde, hoy tendreis
la encomienda que anhelais.
Benavente... qué es de vos?
nunca se os vé por acá.

JUAN. Gran señor!

REY. Hola! sois vos?
Que el cielo os guarde, don Juan.
Recibísteis un mensaje?...

JUAN. Sí, señor... en él me honrais...

REY. Y por ello os felicito
con toda sinceridad.

JUAN Tanto favor... pero yo...
desearia aclarar...
esta union fué celebrada...

REY. Lo sé.

JUAN. A vuestra magestad
le consta...

REY. Sí, por Gonzalo.

JUAN. Por Gonzalo?
REY. Y ademas
por la reina. Por mi madre.
GONZALO. Sí, coronel.
JUAN. (Inclinándose respetuosamente.) Es verdad.
FABIO. (Pues para hacer matrimonios
no tiene el diablo rival.)
REY. Sé que la reina dispuso
la ceremonia nupcial,
y hoy me habló en vuestro favor,...
no habia necesidad:
porque vos mereceis mucho,
y os estimo bien, don Juan.
Nuevamente os felicito.
JUAN. Gran señor...
REY. Adios quedad. (Se van.)

ESCENA VII.

DON JUAN, GONZALO, FABIO.

JUAN. La reina mi union dispuso...
el rey la conoce ya...
no es ilusion del deseo!
es la misma realidad.
Corro en busca de mi esposa;
ella misma me dirá...
GONZALO. A dónde vais de esa suerte?
JUAN. La pregunta está demás.
En busca de mi mujer.
GONZALO. Deteneos.
JUAN. No haré tal.
FABIO. Pues tiene razon... dejadle.
JUAN. Ya es mi esposa. Ya no hay
ningun poder en la tierra

que me detenga.

GONZALO. Quizás!

JUAN. Quién puede oponerse?

GONZALO. Yo.

JUAN. Vos? Con qué derecho?

GONZALO. Bah!
Pues no te la he dado yo?
Y mi parte?

JUAN. (Mirándole de arriba abajo.)
Satanás.
aquí no hay parte que valga.
Mi mujer es mia.

GONZALO. Cá!
de los dos: el trato es trato.

JUAN. Pues no me faltaba más!
Pase por mi mayordomo,
te concedo la mitad.
Tómale entero si quieres:
pero á mi mujer, jamás!...

FABIO. Es, que á mí no se me entrega
con tanta facilidad!

ESCENA VIII.

GONZALO, DON JUAN, FABIO, ANA.

ANA. Gonzalo, vengo en tu busca...
La reina te llama.

GONZALO. (Habla en voz baja con Ana.) Ah!

JUAN. Mírala, Fabio.

FABIO. Ya veo.

JUAN. No es hermosa?

FABIO. Es regular.

GONZALO. Ganemos tiempo: es preciso

que en todo sigas mi plan.
Con él quedas. Al ardid,
prudencia y serenidad.
Fábio, cuenta con lo dicho.
La reina te espera.

FABIO. Ya!
Aquí de mi sutileza,
y ayúdame Satanás.

ESCENA IX.

ANA, DON JUAN.

ANA. (Y abusaré á tal extremo
hoy de su credulidad?)

JUAN. Gracias á Dios, ya mi sócio
no me puede incomodar.

ANA. Pues que mi hermano lo ordena...

JUAN. Pues no siento cortedad?

CANTO.

ANA.

Llegó la hora, y es imposible
que en voz serena finja yo,
que el diablo se halla aquí junto á mí invisible;
mas mi hermano lo ordenó.

JUAN.

La cuestion yo la entablo.
Amor! Yo fio en tí.
Al fin, mentir al diablo
fué virtud siempre aquí.

ANA.

Finjimiento tamaño

fácil no encuentro yo,
y hacer debo el engaño
que mi hermano ordenó.

JUAN.

Él no está... vamos pues.

ANA.

Sí! Sí! sabré finjir
que el diablo está cerca de mí.

JUAN.

Ven acá. Yo te amo!
Yo te amo! Yo te amo! Yo te amo!

ANA.

Quién es?

JUAN.

Soy yo.

ANA.

Otra vez suena aquí:
con ímpetu feroz, con acento sombrío
murmura no sé quién, yo te amo, en torno mio.

JUAN.

Es por aquí!

ANA.

No tal, es por allí.

JUAN.

No sé cómo es posible!...

ANA.

Pues yo bien lo sentí.

JUAN.

Voto á Luzbel! Cuál intento es el suyo?

ANA.

Ya me cogió esta vez.

JUAN.

Por aquí!...

ANA.

No tal! Vedle.

JUAN.

Ya lo sé. Satanás invisible aquí está!

ANA.

Si está! Miradle bien; por aquí... por allá...
ya se fué.

JUAN.

Qué teneis?

ANA.

Siento aún que me llama;
con voz tenaz, amor otra vez reclama.

JUAN.

Oh! Dios! Van á hacerme temblar.
La maldad del infierno
gira ya en derredor;
las furias del averno
se atreven á mi amor.
Ah! que esta accion horrible
pronto aquí he de vengar.
De astucia tan terrible
al fin he de triunfar.

ANA.

No hay aquí maleficio,
pero es cosa cruel
juegue loca y sin juicio
con su amor puro y fiel.
Tan pertinaz asédio
yo sabré dominar:
no hay aquí mas remedio
que al término llegar.

JUAN.

Por mi fé que ese empeño nécio,
demonio sutil, yo desprecio.
Si os cojo yo la mano aquí...

ANA.

Mirad que él me coje las dos.

JUAN.

Y si yo me alejo de aquí.

ANA.

Reparad que él se vá con vos.

JUAN.

Huir de vos será sandez.

ANA.

El se aproxima ya otra vez.

JUAN.

A los dos el amor nos unió.

ANA.

Mirad aquí: la mano me tomó.

JUAN.

Aun invisible
este truhan
reclama siempre
su mitad.
Junto á tí, mi sér protector,
ya su fiereza yo rechazo,
y si tú me guardas tu amor
ven... ven...
(Abrazándola.)

ANA.

Me dá un abrazo.

JUAN.

Ah!
Por Dios que esa accion osada y desleal,
infame abuso es del poder infernal.

Castigaré tu audácia. Sí, tiembla, Luzbel,
por esconderte así, para engañar cruel.
Mi solo bien, mi amor tú serás.

(La abraza.)

ANA.

Ved que me abraza más.

JUAN.

No, no, no, no habrá más convenio!
yo aborrezco tu auxilio terrible!
sal de aquí, no es posible
no, no,
que te invoque jamás!
Tu mirada sombría
detesta el alma mia!
nuestro pacto acabó!
me oyes bien? me oyes bien?
No quiero más favores
alcanzar de tu mano;
ya tu empeño tirano
nuestro pacto rompió.

ANA.

El furor le enagena:
pesar me da
verle así padecer,
mas mi hermano lo ordenó
y sabré obedecer.

ESCENA X.

EL REY, DON JUAN, ANA.

HABLADO.

JUAN. El rey me protegerá!
REY. Contra quién?

ANA. Callad.

JUAN. No á fé.

Harto mi inquietud callé
y rompo el silencio ya.
Vaga aquí un poder indigno
de vuestro régio palacio;
tiempo há que puebla este espacio
el espíritu maligno.

REY. Estais loco?

JUAN. Quiero huir
sus maleficios, señor.
Concédame el real favor
lo que anhelo conseguir.
Dignáos vos proteger
desde ahora mi casamiento,
que doña Ana en el momento
sea realmente mi mujer.

REY. No es doña Ana vuestra esposa?

JUAN. Os puedo afirmar que no:
yo no me he casado... Yo
no me acuerdo de tal cosa.

REY. Y me han logrado burlar?
Y Gonzalo lo afirmaba?
Y mi madre!... Me faltaba
esta pena que probar.
Y vos, el buen caballero,
quién á ser os obligó
objeto de farsa?... oh!
yo esplicaciones no quiero.
Por ella mi buena fé
sorprendida? De tamaño
insulto, de tal engaño,
satisfecho quedaré.
Cuantos en esta ocasion
pábulo á este engaño dan,

todo el peso probarán
de mi justa indignacion.

ESCENA XI.

EL REY, LA REINA, GONZALO, DON JUAN, ANA.

REINA. Qué es esto, cielos?
REY. Sois vos?
A tiempo llegais, señora.
REINA. Esplicadme...
REY. Nada ahora,
nada pregunteis.
GONZALO. (Oh Dios!)
REINA. Que así os pregunte dejad,
pues desazonado os veo.
REY. Que no pregunteis deseo.
Mi deseo respetad.—
(A Gonzalo.)
Sois vos... el que da la ley
á cuanto aquí lugar tiene?
El que hasta al mismo rey viene
sin humillarse ante el rey?
Levantad.—Haced espacio.
Si á palacio habeis venido,
no ha sido á ordenar; ha sido
para servir en palacio!
(Y yo le cobré aficion
porque aquí su voz llegára...
á pedazos me arrancára
este nécio corazon!
Conque en su lealtad fiado,
burlado por él he sido,
y por mi madre vendido,

y por ella despreciado?
Mi amor trocóse en dolor!...
Qué es amor?... llanto vertido!
Malhaya este cruel latido
que aun dice que hay aquí amor.)

GONZALO. Yo os ruego que deis lugar
á mi labio acusador.
Yo tambien tengo, señor,
una ofensa que vengar!
Y ved que la ofensa mia
alcanza á vos, y os demando
favor por mi hermana, cuando
por vos pedirle debia.

REY. Qué decis?

GONZALO. Que leal soy.
Que os debo inmensos favores;
que os rodean cien traidores
que vais á conocer hoy:
los que vuestro mal previenen,
los que á mi hermana acercaron
hasta vos; los que atentaron
á la fé que ellos no tienen.
(Presentando una carta al rey.)
Intrigas de un hombre son:
ese hombre en palacio está;
y este papel os dará
la prueba de su traicion.

REY. Qué es esto?

GONZALO. Que el celo activo
que en vuestro servicio empleo
me dió ese papel.

REY. Qué leo?

DIEGO. (Oh!)

REY. Si apenas lo concibo!
(Todos desleales!)

(Presentando la carta á don Diego que queda confundido.)
Ved!
(A los guardias.)
Guardad á ese hombre.

DIEGO. Señor...

REY. Pues fuísteis al rey traidor,
del rey las iras temed.

GONZALO. Esta accion mia, demuestra
que bien os sirvo, verdad?
Ya vísteis su deslealtad...

REY. Ya ví primero la vuestra.
(Preludio en la orquesta.)

GONZALO. Jamás os fuí desleal.
Si osé con mi rey finjir,
fué solo para impedir
un intento criminal
Á don Juan presté favor
cuando ámi hermana acudí;
yo mismo víctima fuí...
hasta la reina... señor!
Si la ambicion de un malvado
torpe lazo os ha tendido,
por ella sois advertido,
por elladesengañado.

REY. Madre...

GONZALO. Volved hasta ella,
que ella os tenderá los brazos,
y cálmese en tiernos lazos
vuestra sentida querella.
Caiga vuestro enojo en mí.

REY. (A la reina.) Creo en tu afan protector.

REINA. Para tí es mi fé y mi amor.

REY. Á tí, madre, todo á tí.

CANTO.

ANA Y GONZALO. (Cayendo de rodillas ante el rey.)

Oh rey poderoso
imágen de Dios!
mi ruego amoroso
se eleve hasta vos.
Si mi triste acento
os cansa quizá,
en vos mi lamento
perdon encontrará.
Al que á la voz de amor perdona,
Dios, todo amor, perdonará.

(A las últimas cadencias de este final, el rey une las manos de don Juan y Ana, presentándolos á la reina.—Cae el telon.)

FIN.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 9.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clínica tocológica. hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A.)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8
*La voluntad de la niña, id. en un acto. 4
*Á partir con el diablo 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El heroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias 10

Los trapisondistas, comedia en un acto. 4

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8
Mártir siempre, nunca reo, drama de costumbres políticas, en cuatro actos.. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

FERNEL (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. 8

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos 8
Una cueva de ladrones, ugete cómico en un acto. 4

Rs. vn.

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas. 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su origen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º 4

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto. 4

PASTORFIDO (M)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id en id. . . . : . . . 8

(PETÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

Rs. vn.

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
*Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
A caza de divorcios, comedia en id. 8
Influencias políticas, zarzuela en un acto. 4

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

*A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9
Más hojas sueltas, nueva coleccion de viajes ligeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (N.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4
El empirismo y la ciencia, comedia en tres actos. 8

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.